

EL DOBLE RETO: LA IDENTIDAD EUROPEA Y EL DESAFÍO MEDIOAMBIENTAL

Ana Carrasco Conde

Universidad Autónoma de Madrid

AA.VV., «Die europäische Stadt und die Herausforderungen von Umwelt- und Naturschutz/La città europea e le sfide ambientali». *Villa Vigoni. Comunicazioni/Mitteilungen*. Vol. X Como. 2007.

Uno no puede dejar de recordar aquello que dijera L.B. Alberti cinco siglos atrás: «Y si, conforme al parecer de los filósofos, la ciudad es una especie de casa enorme» cuando, al tratar de pensar en los nuevos desafíos con los que hoy ha de enfrentarse la ciudad, cae en la cuenta de que ésta, al fin y al cabo, tuvo como origen la sedentarización, es decir, la decisión por parte de pequeños grupos o familias de establecerse en un lugar determinado. Dicho de otro modo, la ciudad tuvo como origen *la scelta del luogo*, la elección del lugar, por parte de un grupo que, ya establecido, fue poco a poco creciendo y extendiéndose. Parecería así que si la casa, entendida como conjunto de personas agrupadas bajo un mismo techo, fue antes que la ciudad, a su vez entendida como el conjunto de estas mismas personas agrupadas en un mismo territorio, lo más fácil para solucionar los problemas derivados de ésta última, es pensarla a la manera de Alberti como una “casa enorme”. La analogía desde luego es potente, porque al igual que la casa, la ciudad presenta las dificultades de la convivencia y de la diferencia, del reparto de espacio y del reparto de tareas. Ahora bien, esta analogía no funciona: porque si la ciudad tiene como punto de cohesión el lugar, o, si se quiere, la pertenencia a la tierra; la casa, sin embargo, no está sujeta a más unión que a la que los diferentes miembros de un grupo tienen entre sí: no necesita de suelo, sino tan solo de cobijo, no es tierra, sino lo que sobre ella descansa. Y no obstante, si algo tienen en común es el *habitar*: la ciudad se erige como *lugar del habitar*, como el espacio de vida, de interacción, de proceso de cambio, y como tal, presenta las marcas y sedimentaciones de los pueblos, las cicatrices de la historia, las características de los grupos que la conforman: es en ese momento cuando la ciudad deja de ser un concepto abstracto para adquirir los rasgos de una cultura determinada erigida sobre un pasado concreto y orientada hacia la construcción de futuro común, es ahora cuando la ciudad es característica de una identidad, de una conciencia cultural común; es ahora cuando la ciudad queda marcada por su pertenencia a la tierra. Tales rasgos hacen que la ciudad crezca, invente, fomente, realice, planifique, transforme, produzca, cambie, estalle y se expanda en torno a un concepto común.

Contemplada de este modo, la realidad de la ciudad como proceso ha llevado a su reformulación constante, una reformulación que es uno de los dos temas centrales del foro germano-italiano de *Villa Vigoni*, creado para impulsar el debate bilateral en torno a «La ciudad europea y el desafío del medio ambiente y de la protección de la naturaleza». Bajo este título se agrupa uno de los temas principales de las intervenciones de este foro, que se centra en el papel que desempeña la arquitectura en la identidad europea, en los problemas de la ciudad europea en sí y en la relación de ésta con el reto medioambiental. El modelo tradicional de ciudad europea – se afirma - ha entrado en crisis y la arquitectura se enfrenta a nuevos retos que sólo ella parece poder solucionar. Y ello porque, como señalan tanto Leonardo Benevolo (p. 177) como Hans-Jochen Luhmann (p. 212), la función de la arquitectura desempeña un papel específico en el modelo de lo que sea la ciudad europea. *Europa se desdibuja*, queda difuminado su concepto y solo la conciencia cultural europea puede constituir la solución, de ahí la importancia de la arquitectura y de la planificación de la ciudad. Los textos dedicados a esta temática, que aparecen en la segunda sección de la Actas del congreso, tratan de reflexionar, desde diferentes perspectivas, sobre la evolución y futuro de la ciudad europea frente a los nuevos desafíos, que responden no solo a la crisis de la ciudad europea, sino también a los problemas sociales y culturales que de ella derivan y a los medioambientales.

El desafío es así doble: en primer lugar, hablar de la ciudad y, más concretamente, de la ciudad *europea* conlleva un reto cultural: el de hacer de una ciudad sin más, una ciudad *europea*, es decir, de impregnar el epíteto de otras significaciones que no sean las meramente geográficas, esto es no como lugar o *tópos*, sino para designar y signar un sentimiento de pertenencia a una comunidad con una historia y un pasado común. Y ahí, precisamente, se inserta el hecho de que la “ciudad” haya de ser entendida dentro de una red de significación mucho más extensa: la de la conciencia cultural europea. Ciertamente es que *no hay una Europa, sino muchas superpuestas imperfectamente*, pero la cultura, las raíces históricas y el pasado común se convierten así en los elementos de cohesión que hacen de la ciudad europea lo que es: la ciudad europea en su *perfección imperfecta* (p. 184) está constituida por fragmentos de historia, por jirones del pasado y esperanzas de futuro, por ruinas sí, pero también por diferencias y pluralidades que, plasmadas en sus edificios construyen una identidad: de ahí afirmaciones como la de Bernd Sösemann que señala que las ciudades y megalópolis europeas son totalmente diferentes al resto de las grandes ciudades del resto del mundo (p. 191) o, como la de Benevolo que afirma que la ciudad europea constituye el único modelo de civilización democrática contemporánea (p. 185). En todo caso, sin llegar a afirmaciones tan tajantes, dentro de este primer desafío, la ciudad europea ha de habérselas con una serie de problemas de índole social que han de ser resueltos, como por ejemplo, como señala Sösemann el de la inmigración (p. 189) o el de la integración que hacen que, en la arquitectura, la atención se desplace hacia la construcción de un espacio habitable y compartido. Y si, recordemos, la ciudad tiene su origen en la elección del lugar y la modificación del entorno, entonces, el segundo desafío con el que tiene que habérselas la ciudad europea es el medioambiental que, lejos de tener su vista en los materiales del pasado, trata de reconstruir y de reformular la ciudad en vistas a

un futuro común. La gestión predadora del territorio ha llevado de la contemplación pánica de los océanos a la moral del club alpino. Tras lo sublime, el pic-nic. Por eso, el cambio climático, tema central del texto de Hans-Jochen Luhmann, y el desarrollo sostenible se convierten en cuestiones de prioridad creciente en la evolución y desarrollo de las ciudades europeas. Si en un principio nosotros adaptábamos el medio para la formación de nuestras ciudades, ahora somos nosotros los que hemos adaptarnos al medio.

Y así ante la mirada actual, la ciudad europea aparece hoy como un inmenso depósito de materiales del pasado, como ya señalara Bernardo Secchi, la ciudad *non nasce bella che fatta*. Efectivamente, la ciudad no nace ya terminada y aun siendo cierta la idea de que ésta está ya construida, de lo que se trata, ante estos nuevos retos, es de reconstruirla, lo que hace de la arquitectura uno de los vehículos más válidos y eficientes para reaccionar ante los problemas de la ciudad europea y con ella, de Europa.

